



LA HABITACIÓN DE LAS LÁGRIMAS

ALEXANDER COPPERWHITE

alexandercopperwhite.com / Todos los derechos reservados

diseño portada: Silvia Carazo (Divulga Publicidad)

LA HABITACIÓN DE LAS LÁGRIMAS

Por: Alexander Copperwhite

I

Negros los ojos que vislumbran la exasperante avaricia y experimentan el odio que aparece camuflado de amor. Cuando los sentimientos pierden su pureza y se transforman en perversos y acaparadores, la voluntad se quebranta y la avidez de vivir... desaparece.

*

Con la cara pálida, testigo de haber sufrido el dolor de alumbrar, Eva acariciaba a su hijo mientras él chupaba con fuerza la leche de sus pechos. A ella le dolía, pero no le importaba. Un brillo especial acompañó el sufrimiento, y la finísima línea que separa el padecimiento de la satisfacción había desaparecido, dejando a la vista como el precioso milagro había acaparado toda la atención de la madre. El pelo, liso y dorado, le recorría las mejillas, se deslizaba sobre sus hombros, y la acababa hasta su cintura, posándose revuelto en su espalda; su mirada, azul y profunda, obviaba cualquier objeto o visitante para concentrarse en las diminutas manos de su hijo que se agarraba las suyas con una fuerza tiernamente descomunal; su rostro de porcelana, espejo de primaveras por venir, deslumbraba de felicidad. Ser madre era lo que más había deseado.

Ni las noches interrumpidas, ni la intimidad invadida, ni la tranquilidad perturbada. Nada mermaba el amor hacia su hijo. Por las mañanas se levantaba con una sonrisa que convertía los días de lluvia en momentos de placida reflexión, a media mañana bailaba descalza, a medio día cantaba mientras preparaba la comida, y por las noches, antes de acurrucar al bebé con su mantita de ositos marrones y flores variopintas, le canturreaba un cuento de hadas, de soldaditos de plomo, o de principescas ranas. Él era su primer y último pensamiento.

El vaivén de las cosas y de la gente, pasaban desapercibidas para Eva. Los relojes recorrían con sus manillares la superficie numerada, una y otra vez, sin afectar los pensamientos de amor de la madre. La casa se encontraba en perfectas condiciones, las comidas eran exquisitas, ella ejercía de anfitriona perfecta, como siempre, pero en realidad nunca se encontraba donde su cuerpo, ella estaba al lado de su hijo. De su vida.

Los cuadros que narraban su pasado, colgaban por las paredes y mostraban a una mujer feliz, aunque no completa. Las ventanas estaban abiertas de par en par, para que el aire fresco, junto con las buenas sensaciones y augurios de una vivencia feliz, impregnaran en ambiente, refrescasen los sentimientos y colmasen de un futuro prometedor a la familia. Y justo en el centro del marco de esa familia, Fernando, el hombre de la casa, aparecía siempre al lado de su mujer e hijo, mostrándose orgulloso y dispuesto a hacer cualquier cosa por ellos.

II

Sombras de incertidumbre y un olor a asco y repugnancia. El sentimiento de culpabilidad recorría el cuerpo del extraño que observaba al bebé que dormitaba en su cuna, ajeno a todo lo mundano. Sus manos se cerraban lentamente conforme disfrutaba del sueño; de vez en cuando sus ojos parecían abrirse e instantáneamente se cerraban, volviendo a dormirse. Descansaba. El extraño lo miraba con cierta religiosidad perversa; rezaba un nombre falso con asiduidad aunque por alguna extraña razón, el eco de sus palabras no despertaba a la madre.

- Como no cambie la situación, muy pronto dormirás para siempre- Susurró el extraño-.

Sus ojos, negros como el azabache, no sentían piedad; sus manos, suaves y peligrosas, deseaban sentir el tacto del bebé; sus labios, rojos y carnosos; se movían sin sentido, esclavos del enfermizo nerviosismo; su corazón, se ahogaba en la envidia.

El marco de la puerta de la habitación del bebé, adornado con tallados de barquitos con velas y triciclos con cestita incluida, llamaba la atención. Era como una barrera que controlaba los pensamientos de los mayores, donde todos los problemas debían permanecer fuera para no alterar el sueño del neonato. Aunque las bisagras de la puerta chirriaban un poco al abrir, el resto de sonidos que acompañaban el ambiente al entrar en aquél “santuario”, eran las nanas de Eva, la música de las cajas de juguete con bailarinas y aviones, el reloj de mesa que imponía un ritmo periódico y apaciguador, y la voz cantarina del bebé. *Tranquilo mi niño que yo estoy aquí.* –Repetía Eva con ternura-.

El mundo de fuera y el mundo de aquella habitación, no debían juntarse jamás. El extraño se relamía y maldecía aquella barrera invisible que le impedía poseer lo que más deseaba en el mundo. A Eva. Para él ella era un objeto demasiado preciado,

demasiado raro para tener que compartirlo con el resto de los mortales. Ella era un ángel que había descendido del cielo para proporcionarle placer. A él y sólo a él. Aunque ella aún no lo sabía. El perverso ladeaba la cabeza con suavidad de un lado a otro, como si sus pensamientos le pesaran y no fuese capaz de sostenerlos sin tensar en musculo del cuello. Eso le irritaba aún más. Un incesante y nauseabundo mareo le impedía andar con firmeza. Se había convertido en un hombre torpe, angustiado y miserable. *Como no te calles te mataré.* –Decía para sí mismo–.

Entonces, Fernando regresó, colgó su chaqueta en el perchero que se encontraba en la entrada y cruzó la puerta de la habitación. El extraño se alejó y siguió con sus quehaceres para que nadie pudiera sospechar de él. Intentó disimular sus pensamientos, y lo consiguió. Se mordió el labio superior, engarrotó las manos dentro de los bolsillos, se dibujó una bonita sonrisa en la cara y se escondió en un rincón sórdido y oscuro.

III

Eva dormía; descansaba tras un largo día de mimos y cuidados. El bebé en cambió, estaba despierto y miraba los muñecos que adornaban las estanterías de la habitación. La calma reinaba en ese lugar. Pero... una nana diferente, una nana extraña y rencorosa, una nana de las que causa una repugnancia absurda y que ahuyentan la valentía de los inocentes; rompía el silencio.

Niño dulce, niño de piel

Niño que busca en un tarro de miel

Galletas

Caramelos

Azúcar

Y pastel

Niño dulce, niño de piel

Ahora te mimo y con mucho cuidado

Observo tus ojos, te veo mimado

El cuello y tu pelo que huelen muy bien

Y yo te agarro despacio también

Tu madre que duerme, se despertará

Y entonces tus ojos ya no los verá

Con tacto y destreza te ahogaré

Y de este sueño... te despertaré

El extraño retorció el cuello del bebé con un movimiento rápido y preciso, como si llevase una vida entera practicándolo. De nuevo sonrió, aunque esta vez más satisfecho que nunca. Eva volvía a pertenecerle él, y no tendría que compartirla con

nadie. Dejó el pequeño e inerte cuerpo en la cuna y lo tapó como si estuviese durmiendo. *Ahora descansarás de verdad, y dejarás de estorbarme.* –Dijo el extraño–.

Horas más tarde, un exasperante grito, lleno de angustia y desesperación, ahogó el piso. Fernando corrió a ver lo que pasaba y entonces se encontró con Eva en el suelo y con su hijo muerto en sus brazos. No supo muy bien que hacer. Sus ojos enrojecieron y sus manos comenzaron a temblar. *¡¿Por qué?!* –Gritó con furia y se tiró al suelo–. Abrazó a su mujer y a su hijo, y las lágrimas de ambos empaparon el parquet del suelo que se tornaba de marrón cereza, a marrón oscuro. Algo se había roto en ellos, y la barrera invisible que antes protegía la habitación, ahora se había transformado en una advertencia de odio y maldad.

IV

Años más tarde...

- Como podéis ver, el salón es muy amplio y dispone de grandes ventanas. Además, también está muy bien orientado y recibe mucho sol, tanto por la mañana, como por la tarde. –Dijo la agente inmobiliaria-.

La mujer miró a su alrededor y sonrió.

- A mí me parece perfecto.

- ¿Estás segura que es lo que quieres?

Ella se quedó pensativa.

- Es muy caro. –Continuó él-. Pero si es lo que realmente quieres, nos las apañaremos.

- ¿De verdad?

- De verdad. –Afirmó él-.

- ¡Pues nos la quedamos! –Dijo entusiasmada-.

La agente inmobiliaria sacó de un portafolios amarillo los precontratos y los colocó sobre la mesa del salón.

- ¿Vais a quedaros también con los muebles?

La pareja se miró sin decir palabra.

- Son algo viejos. –Dijo él guiñando el ojo derecho-.

- Pero tienen encanto. –Interrumpió ella-.

- No sé... ¿Cuánto cuestan?

La agente miró en la ficha de la vivienda.

- Unos seis mil...

Enseguida se percató de la tirantez de la situación. No quería que nada se torciera durante la venta; únicamente deseaba quitarse ese piso de encima. Se

encontraba en pleno centro de Madrid, estaba muy bien iluminado, su estado era óptimo, y el precio inmejorable, aunque esta vez había omitido el detalle de la familia que había muerto aquí años atrás. Ella estaba obligada a informar a los futuros propietarios, y por ese motivo no era capaz de vender el piso, pero esta vez no lo fastidiaría. La joven pareja era encantadora y no andaban sobrados de dinero, eso era bastante obvio.

- Por dos mil euros son vuestros. –Rectificó-.

- ¿En serio? –Preguntó él sorprendido-.

- En serio... me habéis caído bien.

- Pues nos la quedamos.

Su mujer dio un tímido y cuidadoso salto de alegría.

- Haaayyyy. Qué bien, qué bien... -Decía sin parar-.

Dieron un par de paseos por la casa, golpearon las paredes como si entendiesen algo de construcción, comprobaron los rodapiés, él inspeccionó las bisagras, ella contó los armarios, juntos levantaron la tapa del inodoro, y por si fuera poco, encendieron y apagaron el horno más de tres veces. Absurdo, pero necesario para comprobar el buen estado de una vivienda de segunda mano al adquirirla.

Finalmente, y debido a la insistencia de la agente que debía enseñar más casas, cerraron las cortinas, apagaron las luces y salieron del piso. Y fue entonces cuando los secretos asomaron de su escondrijo, y la puerta de la habitación de las lágrimas se abrió de par en par. El llanto del bebé se escuchó de fondo, y una nana cantada en una lengua desconocida... lo calmó.

El corazón de la noche comenzó a palpar suavemente, hasta que lo viejo y lo olvidado retomó su forma física de una manera rancia y perversa. El olor a hollín y a piel cocida impregnaba el resto de las habitaciones de la casa, menos la que se encontraba ella con su bebé. Fernando, angustiado y degollado por la caída, no parpadeaba; aguardaba intranquilo a los intrusos y sólo deseaba deshacerse de ellos. *Malditos*. –Gritaba-. Pero su voz no se escuchaba y sus golpes no rebotaban en las paredes. Estaba muerto. Roto y poseído.

Eva, mecía a su hijo en sus brazos sin miedo a las enfermedades y a los inoportunos accidentes, su pequeño estaba a salvo de toda amenaza terrenal. Él le sonreía mientras ella le cantaba con un sonajero en la mano; le acariciaba la cara, le tocaba los deditos y se deleitaba con el color de sus ojos.

Los pesados movimientos de Fernando, a veces veloces y a veces a cámara lenta, carecían de objetivo alguno. Triste y desgraciado, sólo recordaba el momento en que Eva se desplomaba en sus brazos con el corazón roto y sin aliento en sus pulmones. Había muerto de amor, engaño y enamoramiento repentino. Y él, incapaz de comprender el porqué, se volvió loco y se lanzó por la ventana sin ni siquiera meditarlo durante un segundo. Fue tremendamente extraño. Cuando se vio a sí mismo lanzándose al vacío, incluso antes de estrellarse contra el suelo, se giró durante un instante y ya era capaz de ver a su espíritu observándole desde aquella ventana. Fernando había muerto antes de morir, y su alma había sido condenada a vagar por una casa vacía de amor, junto a su esposa ciega de histeria, y su hijo que nunca conocería.

Pero en las esquinas el extraño aún acechaba. Aún reclamaba su amor obseso; no se había marchado. Pensó que algún día conseguiría por fin poseer a Eva.

VI

Carmen y Marcos, la joven pareja, se instalaron rápidamente y sin muchas complicaciones. Desempolvieron los muebles y limpiaron a fondo los baños, recogieron lo que estorbaba y se deshicieron de lo que no les gustaba; lentamente, sus escasas pertenencias que traían de su anterior pisito de alquiler, como la televisión de plasma, la nevera de grandes fondos, la vajilla de IKEA, los desfoliados libros y un par de maletas con ropa, ocupaban los espacios que antes estaban rellenos con un jarrón de imitación chino, o un candelabro de plata hueca. *Mejor nos deshacemos de todo esto.* –Susurró Marcos-. Y con cada trasto que guardaba en una caja para ser donado, una ilusión se perdía de lo que quedaba de sus antiguos habitantes.

- ¡Cariño!

- ¿Sí? –Contestó Marcos-.

- No recuerdo haber entrado en esta habitación.

Él se acercó y acarició el marco con los grabados infantiles.

- ¿Qué extraño? Juraría que cotilleamos en toda la casa. ¿Recuerdas la cara que puso la agente al ver que no queríamos marcharnos?

- Anda. –Dijo Carmen dándole un empujón suave-. No seas malo. Es normal que la mujer tuviera ganas de marcharse.

Ambos se rieron y volvieron a centrarse en la puerta que les separaba de la habitación. Durante un rato habían permanecido hechizados por la incertidumbre, contemplando el marco, deseosos de entrar. Marcos alargó la mano y las bisagras chirriaron levemente, y la puerta se apartó.

- Mira qué bonito. –Observó Carmen-.

Marcos entró primero. Notó una sensación de angustiada alivio y los poros de su piel se erizaron. Su mirada de ojos azules se detuvo en la hermosa cuna que ocupaba el

centro del cuarto, y sus suaves manos de oficinista rozaron su superficie. *No tiene nada de polvo.* –Susurró asombrado-. Se apartó el flequillo rubio de la cara y miró a su mujer. *¿Qué te parece?* –Le preguntó-. Ella se quitó los zapatos porque deseaba sentir en tacto del parquet bajo sus pies, observó la cuna y acarició las redondeadas facciones de la cara de su marido. *Es perfecto.* –Musitó-. Su larga y morena cabellera se posó en el esternón de Marcos, estiró las piernas hasta ponerse de puntillas, y le besó. *Sencillamente perfecto.* –Repitió-.

Y mientras ellos descubrían el resto de objetos de la habitación, Eva permanecía impassible con el bebé en sus brazos sentada en la mecedora de un rincón. Ni la intensa luz, ni el desmesurado amor la delataban. No deseaba molestar a nadie, tampoco quería ser molestada. Su pequeño dormía plácidamente gracias al calor de su alma y ella no era quién para perturbarlo. Pero algo ocurrió. Eva omitió la existencia de Carmen y Marcos en su pequeño mundo, incluso eran bienvenidos; sólo que algo casi imperceptible trastornó esa difusa paz, algo que en ningún otro lugar del mundo resultaría perturbador. El vientre de Carmen se movió, Marcos se puso de rodillas y posó su oreja sobre él, el bebé que crecía en su interior sintió las extrañas presencias y se alarmó, y el extraño, oculto entre las sombras hasta aquél momento, abrió los ojos y su oscura mirada se iluminó de nuevo.

VII

Las noches transcurrían plácidamente, sin ningún sobresalto o molestia. El helor de la casa se combatía con tan sólo subir unos grados la calefacción central; los invitados iban por la mañana, dejaban regalos y buenos augurios, y se marchaban por la tarde; y Fernando observaba con ojos tartamudos a los nuevos inquilinos.

Eva, con la frente cubierta de pelos gelatinosos y aireados, apartó la mirada de su bebé por primera vez en años y se dirigió hacia su marido. Su rostro parpadeaba. Había vuelto a sentir algo espantoso. Recordó la mañana que se despertó y vio a su hijo con el cuello roto, babeando sus últimos jugos de vida sobre la almohada de cochecitos verdes y globos naranjas; recordó que su corazón se convirtió en cristales de sangre que la desgarraron por dentro, y murió. El extraño merodeaba por la casa y ella deseaba vengarse.

En una esquina del salón, justo al lado de una de las ventanas, la joven pareja había colocado una estantería metálica con lejas de cristal, y en ella habían ordenado más de una veintena de cuadros y estatuillas con fotos suyas y de sus seres queridos. Marcos de madera y de bronce, de porcelana y de estaño, que desvelaban abrazos furtivos y sonrisas descomunales. La historia de una vida. Otra vida. Eva se detuvo frente a los recuerdos imprimidos y se tocó el rostro; estaba llorando de una manera misteriosa y perversa, casi imposible de creer. Vislumbró en las paredes los repintados huecos donde antes colgaban los cuadros de ella y escrutó con sus desgastadas yemas de los dedos la superficie del mueble donde antes tenía un espejo. *¡Estoy muerta!* –Gritó horrorizada-.

- ¡Aaaa! Tranquila cariño... tranquila.

- ¿Qué pasa? –Preguntó Marcos-.

- La niña; que está revolucionada. Me ha dado una parada que me ha despejado las ideas.

- Jaja. Va a ser peleona como su madre.

- No. –Añadió Carmen riéndose-. Va a ser metomentodo como su padre.

Fernando sintió nauseas. Las risas de los intrusos le perforaban los oídos como si de un chiflido de perro se tratase. Se quedó frente a Carmen y Marcos e intentó hacerles callar gritándoles. Un grito vacío y sin sentido. Al entender que no podía hacer nada, se apretó con fuerza la cabeza y la agitó compulsivamente hasta que casi se la arranca.

La pareja había dejado de reírse.

La niña en el vientre de Carmen sabía que algo andaba mal.

Fernando fijó su odiosa mirada sobre ellos; con esos ojos oscuros como el alquitrán; igualitos que los de su hijo, igualitos que los del extraño... Perturbados.

VIII

- ¡Cariño! –Gritó Carmen-.

- ¿Dime?

- Al parecer hay una fuga de agua y la habitación de la niña está toda mojada.

- ¿Cómo? Madre mía si acabamos de arreglarla hace nada.

- Pues date prisa y averigua lo que puede ser.

Marcos asomó la cabeza y vio todo el parquet lleno de agua.

- No lo entiendo. –Dijo en voz baja-.

Su mujer se acercó.

- ¿Qué has dicho?

- Que no entiendo de dónde ha podido salir tanta agua.

- A lo mejor el vecino de arriba se ha olvidado un grifo abierto.

- Puede ser. –Afirmó él-. Voy a averiguarlo.

La puerta de la entrada se cerró y Carmen sintió como la cría se alborotaba en su interior.

- Tranquila. –Canturreaba-.

Un fuerte dolor en la espalda la obligó a doblarse y se inclinó hacia adelante. Se apoyó como pudo sobre el marco de la puerta y se deslizó lentamente hacia el suelo hasta sentarse. *Todo va bien.* –Pensó-. El agua de la habitación comenzó a ondearse, como si una sacudida de la tierra crease unas diminutas olas, y estas la guiasen hacia todas partes sin sentido. Las paredes comenzaron a ennegrecer, como si la peste las abrazase, transformándolas en un panorama de carbonizados espectros que se diluyen lentamente en imágenes de Rorschach y figuras diversas y deformadas. *Nada va bien.* – Pensó ahora atemorizada-. *Seguramente me he dado un golpe en la cabeza y no me he dado cuenta.* Carmen se miró la mano derecha mientras con la izquierda acariciaba su

vientre para tranquilizar a su hija. Entonces la extendió y tocó el suelo para sentir la humedad, pero no fue así. La superficie estaba seca y aun así, el movimiento de su mano alteró la superficie que comenzó a removerse bruscamente; como si lo muerto pudiese entrar en contacto con lo vivo y al hacerse, algo extraño sacudiese el todo.

- ¡Dios mío! –Gritó Carmen-. ¡Socorro!

Ahí se encontraba Fernando... observándola. Su oscura mirada, llena de falsas lágrimas, la penetraba a través de la piel y alcanzaba el alma de la niña que crecía en el interior de Carmen. Eva vigilaba. Fernando no deseaba más distracciones, no quería que nadie se volviera a interponer entre su amada y él. No lo permitió en vida, y no lo permitiría en la muerte. Eva lloró de verdad cuando comprendió que el extraño y su amado esposo eran la misma persona; el asesino de su hijo, el que le robó la ilusión y la vida. Se había casado con un envidioso y un malnacido; un egoísta y un perturbado.

Y entonces... Carmen les vio por primera vez, y se le heló la sangre mientras se le apagaba la voz.

IX

Marcos aporreaba la puerta con ansia y fuerza, agitado. Había intentado abrirla con la llave y no pudo ni siquiera introducirla en la cerradura. *¡Extraño!* –Pensó en su momento-. Y tras varios intentos, comenzó a llamar a Carmen; al no recibir respuesta de ella, dio dos puñetazos, un fuerte golpe con el hombro, y cuatro patadas en la parte baja de la puerta.

- ¡Ayuda! ¡Ayuda! –Gritaba Marcos desesperado-.

Carmen permanecía en el suelo sin poder moverse, sin poder entender lo que sucedía, y sin poder contestar. Su voz se la tragaba un vacío lleno de dolor y sufrimiento. Ante sus lagrimosos ojos ocurría lo nunca visto, mientras con sus manos intentaba cubrir su vientre y así proteger a su hija. *¡Aléjate!* –Gritaba en pensamientos-. Eva lo entendió todo, pero no entendía nada. Su cuello vibraba y su cabeza temblaba, una y otra vez, sin saber muy bien dónde colocarse o dónde esconderse para no tener que alejarse de su pequeño. Pero él estaba muerto. Y era por culpa de su marido.

Entonces se acercó.

Observó a Fernando.

Ladeó su cabeza y permaneció a un palmo de sus narices. Él la ignoró. Continuó estando ciego de envidia y le daba asco la dulzura de la vida... la nueva vida. No sintió nada porque jamás lo había hecho, no deseó echarse atrás porque nunca tuvo corazón, no pudo resistirse porque nunca fue bueno.

Agua salada y dulzona rezumaba por las paredes. El marco de la habitación se quebraba y se astillaba, como si el peso del mundo cayera sobre él. Carmen luchaba por poder moverse, por poder defenderse o poder gritar. Resultaba inútil.

Todo cambiaba a su alrededor. Y conforme Fernando se acercaba, más se alteraba su entorno. La cuna se transformaba, la madera lacada en blanco se diluía en

una estructura de barrotes de hierro con campanillas en las esquinas y pintada de azul. Un azul triste y deshecho. Una mecedora se polvorizó y quedó en la nada, y un precioso sofá con tallados increíbles apareció en su lugar; azul también pero con estrías de color crema apagado. Incómodo de ver e incómodo de usar. Y para terminar, la lámpara del techo, adornada con ositos voladores, mariposas de colores chillones e imposibles, jirafas y elefantes, fue arrastrada al olvido de una oscuridad humedecida. Ya nada iluminaba aquella habitación. Hasta que repentinamente, unas gotas de algo sórdido brotaron desde la nada. Una luz comenzó a espejarse, bajando lentamente desde la negrura y pintando el entorno donde Carmen se encontraba y haciéndola ver cómo era ese lugar durante los años felices de Eva. Las gotas del techo, densas como miel y pastosas como el caucho recalentado, se moldearon y se transformaron en un candelabro de luces variopintas, falsos diamantes de poliacrilato, hilos de acero brillante y una estrella con purpurinas colgando en la cola. Y Eva despertó de la recién nacida incertidumbre. Las ideas, los recuerdos, las mentiras, las falsas caricias y el deseo lujurioso; todo encajó a la perfección en su apagada mente. Todo ocupó su lugar y su atormentada alma, condenada a vagar sin rumbo con su hijo entre sus brazos, se agitó de tal forma que la casa entera se estremeció; la realidad se confundió con lo paranormal y los colores, los muebles, la luz y la noche, se entremezclaron hasta crear un vacío absoluto. Triste y desolador.

¡Crrrrraaaaakkk!

El crujido de la puerta al romperse interrumpió el encandilador silencio. Marcos no tuvo ni la menor idea de cómo lo había conseguido, no supo de dónde sacó la descomunal fuerza para tirar la puerta abajo. Aunque justo a su lado, sin que él pudiera verla, se encontraba Eva; ella le había ayudado a entrar.

La furia de Fernando hizo que también Marcos pudiera verles. El maligno espectro no entendía cómo pudo Eva ayudarlo, y tampoco le agradaba el hecho de que el intruso pudiera detenerle. Pero no era así. Marcos vio como una forma etérea, pálida y airosa, introducía sus dedos en el vientre de su mujer con el fin de agarrar a su hija y arrancarla de la vida. No era tarea fácil, pero Fernando se acerraba a ella como si su mísera e inexistente existencia dependiera de la muerte del nonato. La muerte abraza a la vida para alimentarse de más muerte.

- ¡Aléjate de ella! –Gritó Marcos-.

Sin pensarlo ni un sólo segundo, se abalanzó sobre Fernando pero fue en vano; con la fuerza de su cuerpo lo atravesó y ni su carácter decidido, ni la nobleza de su alma pudo molestarle. Marcos se sintió impotente viendo como Carmen bramaba sin voz, asfixiándose en un silencioso bucle de la desfavorecida providencia.

- ¡Nooooooooo! –Exasperó Marcos-.

Eva se acercó y miró a Fernando a sus apagados ojos. Eran de color peste con burbujas de alquitrán, y de su boca, abierta de par en par, una baba gelatinosa goteaba, qua al tocar el suelo se perdía en la superficie de las lágrimas derramadas.

Su furioso semblante desconcertó a Fernando que se quedó perplejo y retiró los dedos del vientre de Carmen. Entonces comenzó una espectral discusión; sus bocas no se movían y sus lenguas no emitían sonidos. Permanecían de pié, mirándose

mutuamente y reprochándose los secretos que les llevaron a la tumba y que les maldijeron.

Marcos se tiró al lado de su mujer e intentó levantarla.

La apatía y la envidia se apoderaron de los pensamientos de Fernando e ignorando a Eva, se dirigió para terminar lo que había empezado. Y Eva se enfureció.

- ¡Por favor! –Suplicó Marcos-. No nos hagas daño.

Al ver que él no tenía intención de dejarles en paz, Eva agarró al maldito del cuello y le levantó hasta que quedó suspendido sobre la nada. El infierno se estremeció, y cuando abrió la ventana por donde antaño había arrojado su cuerpo voluntariamente, Fernando comprendió que el siseo que acababa de invadir el ambiente, era la ferocidad de sus pecados que estaban a punto de devorarlo, y reducirle a la nada.

Los cristales chasquearon con fuerza al romperse, los cuadros se partieron al caerse, la mesa se despedazó a causa de la presión que se produjo de la fricción de entre el bien y el mal, y Carmen se cobijó en los brazos de Marcos. Y se hizo el silencio.

Eva se había deshecho de su marido, de sus pesadillas, y de su cadena que la ataba a este mundo; cogió a su hijo en brazos y lo meció cantándole una nana secreta; blandió su mano izquierda tornándolo todo a su color natural, y miró a la joven pareja.

Ya podréis ser felices.

El susurró albergó tanta esperanza, que una cálida sensación recorrió sus corazones y les calmó. Ambos sintieron que todo había acabado y vieron como Eva besaba a su pequeño, contenta al fin, y lentamente se desvanecía en un vaporoso halo hasta que únicamente quedó un olor a vainilla fresca que envolvió la habitación. Su perfume favorito.

Todo acabó bien, todo resultó ser una pesadilla pasajera, aunque no todo es lo que uno ve. Porque... la niña que crecía en el vientre de Carmen, había abierto los ojos

y había conectado con la alma oscura de Fernando. Aunque se tardará bastante en descubrir si había sido para bien... o para mal.